

apesadumbrado ante las calumnias y los ataques de que estaba siendo víctima, y según los cuales aspiraba a la tiranía. «Feliz el hombre de quien no pueden ser calumniadas sino las intenciones», escribió a tal respecto César Cantú. (Ed. esp., vol. VI.) Bolívar se preocupaba de lo que de él dijera la Historia, como los héroes homéricos y como también los condenados dantescos.

Y su amor propio era excesivo, de lo que nos dan numerosos ejemplos el *Diario de Bucaramanga* y las *Memorias* de O'Leary, ya cuando perdía en el juego, ya cuando siendo joven presumía de saltar bien, ya cuando no era lo bastante tolerante con los que le contradecían, ya cuando en los paseos a pie trataba de cansar a los que le acompañaban. «Su corazón es mejor que su cabeza»—decía de él su principal Sancho, el bueno de Perú de Lacroix—. Y ¿por qué no es buena su cabeza, aquella cabeza que han llamado «la cabeza de las maravillas»?

*Yo sé quien soy*—exclamó una vez Don Quijote lleno de fe en sí mismo. Y ese grito aparece amenudo en los escritos de Bolívar, si bien en otra forma.

Y conoció, como nuestro caballero, las horas de desaliento y desilusión, cuando contemplando aquél las imágenes de relieve y entalladura confesaba no saber adónde le llevaban sus trabajos. «¡Estoy cansado de mandar!»—exclamaba Bolívar. «Comienzo ya a sentir las flaquezas de una vejez prematura»... ¡a los treinta y ocho años! «Mi conciencia sufre bajo el peso de las atroces calumnias que me prodigan, ya los liberales de América, ya los serviles de Europa. Noche y día me atormenta la idea, en que están mis enemigos, de que mis servicios a la libertad son dirigidos por la ambición». (*O' Leary, II, 325*). Y al final de aquel Mensaje al Congreso constituyente de Colombia, el 20 de Enero de 1830, aquella frase terrible: «Me ruborizo al decirlo: la independencia es el único bien que hemos adquirido, a costa de los demás. (Véase *Discursos y proclamas*, pág. 135).

Aunque añadió: «Pero ella nos abre la puerta para reconquistarlos bajo vuestros soberanos auspicios, con todo el esplendor de la gloria y de la libertad». ¡Cuántas veces no meditaría en lo que es eso de la independencia de un pueblo, y en lo que ello significa! ¡Cuántas veces no pensaría que de nada sirve comprar una independencia política puramente ficticia a costa de un alma colectiva, de un espíritu nacional, de la dignidad acaso! Porque él, el Libertador, no pensó en crear naciones más o menos independientes; pensó en crear patrias.

A pesar de las terribles confrontaciones con la realidad, pronto volvía, como Don Quijote, a su locura vivificadora y libertadora de los demás.

¿Y todo ello, para qué? ¿Cuál fué su obra? ¿cuál su finalidad? Su formalidad ya la hemos visto, formalidad de genuino héroe quijotesco, teatral y enfático, pero no pedantesco, sino sincero y espontáneo; de maestro en el arte de la guerra y en el crear patrias, no de catedrático de ciencia militar ni de ciencia política; ¿mas su finalidad?

En la proclama que el día 29 de Julio de 1824, año 14.º de la Independencia, dirigió a sus soldados desde el Cuartel general libertador en Pasco, en el corazón de los Andes australes, lo decía: «El Perú y la América toda aguardan de vosotros la paz, hija de la victoria; y aun la Europa liberal os contem-

pla con encanto, porque la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza del universo!» ¡La esperanza de libertad para el mundo todo!

Ahora, en estos días de terrible guerra, cuando se han desencadenado sobre Europa las más feroces pasiones atávicas, ¿no pensarán en la América que forjó Bolívar que la libertad del Nuevo Mundo es la esperanza de la Tierra?

Con verdad escribe Emilio Ollivier, el ministro de Napoleón III, que en tiempo de Bolívar el nombre de éste circulaba entre los pueblos de Europa—sin excluir a España—como sinónimo de libertad. Con el nombre de Bolívar en los labios, sus canciones patrióticas, tomaron a París los revolucionarios de 1830.

¿Y acaso Bolívar, libertando a la América del Sur del dominio español, no ha contribuido a la futura, completa liberación de España?

Se ha hablado mucho del antiespañolismo de Bolívar juzgando por esas frases de inflamada retórica que inspiran las guerras civiles y más que civiles—*bella... plus quam civilia* que dijo otro español, Lucano—como lo fueron las de la Independencia americana. Pero ¿quién va a dar más que valor convencional y del momento a todo aquello del *feroz despotismo*, de los *crueles españoles*, *bandas de tártaros* y otras explosiones retóricas, propias de proclamas?

Cuando yo era muchacho, en plena guerra civil, y mientras nos bombardeaban los carlistas, se cantaban en mi pueblo, Bilbao, unos cantares en que se les llamaba nada menos que... *¡caribes y fariseos!* Y ¿quién ha de hacer caso cuando en una carta dice Bolívar: «Más grande es el odio que nos ha inspirado la península que el mar que nos separa de ella; menos difícil es unir los dos continentes que reconciliar los espíritus de ambos países?» ¡Retórica, retórica, retórica! ¡Y más retórica cuando él, Bolívar, el puro descendiente de españoles, de origen vasco, nos habla de haber roto las cadenas que había remachado Pizarro a los hijos de Manco-Capac!

Una vez oí a un español culpar a los cubanos de ingratos por haberse separado políticamente de España, añadiendo: «¡Después que descubrimos, conquistamos y poblamos aquello...!» «¿Nosotros?—le contesté—; ¡será usted, que yo por lo menos no! No recuerdo haberlo descubierto, conquistado ni poblado.» «Nosotros precisamente no—me replicó—pero nuestros padres.» «Los de ellos más bien»—le retruqué.

Mejor que nadie acaso conocía a Bolívar su más noble contendor—que no fué el Virrey Sámano, ni el Virrey Montalvo, ni el Virrey La Serna, ni el francés Canterac—sino el general español don Pablo Morillo, y decía de él: «Tiene de su noble estirpe española rasgos y cualidades que le hacen muy superior a cuanto le rodea». Y, sin duda, muy superior a los que llevarán sangre de Manco-Capac, a cuyos hijos remachó las cadenas Pizarro, aquel Pizarro mucho más hermano de Bolívar que el inca.

Ya se quejaba Bolívar de que en la guerra de América hubiesen muerto tantos españoles: «porque son ellos—agregaba—los que debían poblar y civilizar nuestros desiertos». (*Memorias del Libertador Simón Bolívar*, por el general T. C. de Mosquera).

Otra vez puso en un documento las siguientes o parecidas palabras:

«No confundamos al Gobierno de España con los españoles. Hagamos la guerra al uno, no a los otros».

Y ¿no fué Bolívar, en cuyas venas corría sangre quijotesca, quién escribió: «Es nuestra ambición ofrecer a los españoles una segunda patria, pero erguida, no abrumada de cadenas»? Esto se lo decía al Rey Fernando VII, desde Bogotá, en 1821. Cincuenta y dos años más tarde, en 1873, otro grande héroe americano—el más grande acaso de sus héroes por el pensamiento—, Domingo Faustino Sarmiento, el argentino, en su célebre discurso de la Bandera decía, o más bien declamaba, quijotescamente también: «¡Habría patria y tierra, libertad y trabajo para los españoles, cuando en masa vengan a pedirnosla como una deuda!»

Y tengo que decir de Bolívar lo que de Sarmiento he dicho y repetido, y es que nunca se me aparece más español que cuando habla o parece hablar mal de España... ¡en español! No. Don Quijote nunca puede hablar mal de España, aunque maldiga de los españoles.

Su estilo mismo, el de Bolívar, era un estilo quijotesco, algo enfático, muy español, entre gongorino y conceptuoso, aunque con evidente influencia de los escritores franceses de fines del siglo XVIII. ¿Quién no se ha detenido ante las frases de sus discursos y proclamas? Urgiendo, al principio de la revolución, por que se declarase la independencia, pregunta: «¡Que los grandes proyectos deben prepararse en calma! Trescientos años de calma, ¿no bastan? ¿Se quieren otros trescientos todavía?» Y en otras partes dice: «Creado el nuevo mundo bajo el fatal imperio de la servidumbre, no ha podido arrancarse las cadenas sin despedazar sus miembros!» «...éramos ciegos: los golpes nos han abierto los ojos...» «¡Soldados! Centenares de victorias alargan vuestra vida hasta el término del mundo.» Y otras cien frases así.

Era un hombre, todo un hombre, un hombre, entero y verdadero, que vale más que ser sobrehombre, que ser semidiós—todo lo semi o a medias es malo y ser semidiós equivale a ser semihombre—; era un hombre éste maestro en el arte de la guerra, en el de crear patrias y en el hablar al corazón de sus hermanos, que no catedrático de la ciencia de la milicia, ni de la ciencia política, ni de literatura. Era un hombre; era el Hombre encarnado. Tenía un alma y su alma era de todos y su alma creó patrias y enriqueció el Alma Española, el alma eterna de la España inmortal y de la Humanidad con ella.

En materia de interés o de intereses allá se las iban Don Quijote y Bolívar. Don Quijote no llevaba consigo blanca, ni se preocupaba de ello, porque «él nunca había leído en las historias de los caballeros andantes que ninguno las hubiese traído». (Cap. III). Bolívar dice: «yo no quiero saber lo que se gasta en mi casa»; y como era millonario y manirroto, y como sus verdaderos intereses no eran acunables, gasta en poco tiempo, en Lima, ocho mil duros en agua de Colonia; sostiene en Madrid «tren de príncipe», derrocha en Londres «ciento cincuenta mil francos en tres meses», regala sus alhajas a don Fernando Peñalver para que se remedie la miseria, declara libres, de un golpe, en su hacienda de San Mateo, a mil esclavos negros, que le representaban un valor de más de doscientos cincuenta mil duros, y renuncia los millones en metálico que decreta para él la gratitud de los pueblos.

No. Los servicios de un Don Quijote no pueden ser pagados con dinero. Pero para renunciar a millones, en pleno siglo XIX, se